



LAS MANILLAS DEL RELOJ EN LA VIDA DE UNA ESCRITORA

En estas dos horas de «intensa literatura» el salto, siempre inoportuno, del teléfono o la diversión de una anécdota que nunca figurará entre las páginas de un libro, pero que son las mejores obras del ingenio chispeante de Carmen de Icaza.

Y LAS ONCE

Un paréntesis obligado para arreglarse, prepararse y lanzarse a otra vida, tan intensa, tan arrolladora como la de los libros: una vida que siempre ha sido la motora de los actos de Carmen de Icaza, quien comenzó su vida periodística escribiendo una serie de reportajes sobre los necesitados de Madrid y las instituciones que se ocupaban de ellos.

La mesa que preside todo despacho y que aquí, si al principio de la mañana posee apariencias normales, pronto se encrespa, de papeles. Estanterías repletas de libros sobre temas sociales y movimiento elevado a la



LAS SIETE Y MEDIA DE LA MAÑANA

Siete y media de la mañana. Primer bostezo y primer pecado de pereza. Por tener que levantarnos pensáis en lo que haría la heroína de la última novela que habéis dejado la noche anterior medio abierta y al alcance de la mano. O pensáis en lo que hará la afortunada escritora de la misma. Esa autora puede ser muy bien la de «Cristina de Guzmán», la de «¿Quién sabe!» o la de «Soñar la Vida»; es decir, Carmen de Icaza.

Siete y media de la mañana, repito.

Unos golpes en la puerta y penetra la doncella con el desayuno. Un desayuno frugal que, juntamente con el timbre insistente del teléfono, ese instrumento de tortura semejante a una sierra o a una mujer charlatana que ahonda y no cesa, comienzan la jornada de Carmen. Con su séquito de quehaceres y de preocupaciones.

Otros golpes en la puerta y una sonrisa clara. «La abnegada secretaria» trae una visión rápida de la Castellana gris y tiritona con titulares húmedos de periódicos matinales.

Se instala cómodamente en un rincón cualquiera, que es un rincón con libros y, en el espacio de tiempo que va de las ocho a las diez de la mañana, Maruja recoge cuantas cosas se le han ocurrido a la autora de «Soñar la Vida», y aquellas que nacen rápidas e imprevistas como chispas y que, todas ellas, formarán la trama sutil, grata y apasionante de sus novelas o de sus obras de teatro. Carmen dicta incansable. Dicta siempre. Posee el don envidiable de hacer palabras las imágenes que surgen de su cerebro, fenómeno poco corriente entre los autores. Y nunca corrige. «Lo que no me gusta, lo rehago.» Pero no rehace demasiado. Precisamente las novelas de la ilustre escritora y camarada nuestra poseen el mayor encanto en la frase fácil, sin recargos, de «amplia marcha», como su «Cristina». Tiene, además, esa gracia de ventana abierta a paisajes que nos son gratos, que nos hubiera gustado conocer y que contemplamos con toda exactitud desde el marco de la novela.

